

Del autor de *La mujer del capitán* y *El invierno del desaliento*.

# Pronto será mañana

Rubén Blanes Mora

«En tiempos convulsos nos convertimos en meros daños  
de una guerra de sentimientos.  
El amor es la primera víctima. Siempre.»



Ediciones  
LABNAR



Pronto  
será  
mañana

Rubén Blanes Mora

Ediciones Labnar



Título: Pronto será mañana  
Autor: Rubén Blanes Mora

© Rubén Blanes Mora, 2019  
© de esta edición, EDICIONES LABNAR, 2020  
Corrector: Israel Sánchez Vicente

Imagen y diseño de cubierta e interiores por Ediciones Labnar

LABNAR HOLDING S.L.  
B-90158460  
Calle Virgen del Rocío 23, 41989, La Algaba, Sevilla  
[www.edicioneslabnar.com](http://www.edicioneslabnar.com)  
[info@edicioneslabnar.com](mailto:info@edicioneslabnar.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra; ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

eISBN: 9788416366477

Primera Edición: Mayo 2020

*A Marta, siempre.*

# Contenido

## Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

## Segunda parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21

Tercera parte

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6

Epílogo

# Primera parte

«El placer era tan intenso que casi dolía».  
*Un fin de semana*, PETER CAMERON.



# Capítulo 1

Caminaban a escasos metros de la orilla, ensimismados, abstraídos por unos pensamientos que no deseaban compartir, mientras el agua fría recorría sus pies desnudos. Él cargaba con sus zapatos en la mano derecha; ella, en cambio, sostenía unas sandalias viejas, ajadas, con su mano izquierda, sin mucha gracia, confirmando lo que muchos saben y no dicen: las historias tristes suelen ser las más humanas.

Era una mañana más bien atípica para esa época del año. El viento del este bufaba fuerte, y el mar se encrespaba violento, componiendo una melodía misteriosa y erótica. Las olas se erigían en extraordinarias cadencias, tan rítmicas que, si uno callaba, podía sentir las sin dificultad; no a las sirenas, por supuesto, sino al mar que lisonjeaba a los pescadores agotados de tanta sal, irascibles por su mala fortuna, ansiosos por llegar a tierra y beber en la taberna y así reposar sus manos rugosas. El pescado cuesta cada día un puñado de buenas almas.

Aunque tenían la misma edad, él exhibía una piel cetrina que describía una honda preocupación. Ella, por el contrario, lucía fresca y joven, como una lechuga recién cogida. Superaban con creces los treinta. Parecían enamorados, cogidos de la mano a ratos, caminando en silencio, pero no lo estaban. Las gaviotas revoloteaban cerca, curiosas, famélicas, en busca de alimento; él las

espantó y ella rio porque le parecía ridículo haciendo ese gesto frente al mar inhóspito e implacable. Habían viajado mucho para depositar aquellas flores en una cala cercana al hotel donde siempre se hospedaban cuando visitaban la demoníaca ciudad. Su danzar era pesado, como si alguien les obligara a moverse con esa parsimonia, expectante de algo funesto, pero no había ni un alma en la playa, cuya arena blanca y sedosa rozaba sus labios produciendo una sequedad que solo el sexo paliaría. Él apretó con firmeza su mano al divisar un conjunto de rocas que habían sido ubicadas por el hombre. La naturaleza no haría jamás combinación tan espantosa.

—¡Estamos cerca! —exclamó con voz de niño consentido. Le hacía especial ilusión llegar a esa hora, confesó unos días atrás.

La mujer torció el gesto y estudió la zona. Estaban solos sin estarlo. Lo que iban a hacer estaba prohibido por las leyes de la ciudad, les indicó el recepcionista de su hotel en cuanto los vio salir con el ramo de flores envuelto en una telita como si se tratara de un bebé recién nacido. «No es bueno dejarse ver haciendo esas cosas», insinuó.

—Usted no comprende —objetó ella de inmediato.

Su hartazgo hacia el género humano era generalizado, e incluía al entrometido y sucio recepcionista. No había ni *glamour* ni intimidad en aquel lugar maldito, caviló mientras dirigía sus pasos hacia el viejo coche que habían alquilado. Su marido fumaba un purito. Le esperaba en silencio. Sin comprender su angustia. Sin advertir, ni por asomo, su desazón.

Deambularon entre las rocas desgastadas, apoyando un pie y luego el otro, intentando no perder el equilibrio. El miedo a caer, a perder el control, surgió como un fuego incontrolable, situándose a su lado, bien cerca, como un compañero más en su peculiar expedición hacia la

incertidumbre. Los residuos se acumulaban por todas partes. Entre los huecos desvencijados de aquel espigón se agazapaban cientos de historias, cientos de fracasos. Al cabo de los minutos, estabilizados sus pasos sobre una roca firme, extrajeron una botella de vino de una bolsa que uno de ellos llevaba al hombro. Él fue el primero en beber a morro, sin cuidado. El líquido caliente se derramó por sus bocas paliando su sed, produciendo un vértigo excitante. El viento soplaba, si cabe, con más violencia; el oleaje era imponente. Cerraron los ojos para dar el último trago. Hubo un momento de silencio. Ella lo interpretó como una señal. Extrajo el ramo que llevaba cubierto con una telita y lo arrojó sin pensar. Acabó esparcido, en buena medida, por el agua, y las flores amarillas se hundieron a cada golpe de mar. Sin embargo, otras, las menos afortunadas, acabaron sobre la inmundicia que les rodeaba. Era una imagen terrorífica, lastimosa, triste. Él lanzó un esputo repleto de vino, indignado, sin saber qué hacer, inmóvil, herido de muerte.

—Pero ¿qué narices haces? —le increpó ella.

Acto seguido, le agarró del brazo con violencia. Le hacía daño.

—¿Te has vuelto loca?

Ella hizo un gesto rápido, escabulléndose porque era más ágil y más joven, para luego propinarle un sonoro bofetón. Él perdió el equilibrio, pero no calló al agua. Tuvo suerte, puesto que las rocas que lo rodeaban parecían capaces de perforar, sin mucha dificultad, cualquier órgano humano, incluido el corazón.

—¿Por qué lo has hecho? —repetía—. ¿Por qué?

—Porque ya no te quiero —respondió ella agarrando la botella de vino para vaciarla de un solo trago.

—No sabes lo que dices —dijo él con sangre en los ojos.

—¡Déjame en paz! —exclamó ella—. ¡Puedes volverte al hotel y esperarme sentadito en la cama! ¡Puede que no me vuelvas a ver más!

Solo con imaginarlo, sus piernas parecían no soportar el peso del cuerpo. Buscó desesperado un apoyo que no pudo hallar. Ella encendió un cigarrillo y miró tranquila al horizonte. Las pulsaciones adoptaban su ritmo habitual. Recordó por qué estaba allí.

—Esa noche nos confesó lo mucho que le gustaría ver el mar. Y luego nos pidió perdón y no le dimos ninguna importancia. Me equivoqué. —Fumaba con parsimonia, sin prestar atención a su respiración. Sus pulmones se hinchaban como un globo; expulsaba el humo como una vieja locomotora—. No puedo creer que esto sea el final.

El tiempo había cambiado igual que sus emociones. Susana emprendió la vuelta al hotel sin decir ni una palabra. Unas gruesas y algodonosas nubes aparecieron por el norte, y las montañas, que cubrían la ciudad como una alfombra bien dispuesta en mitad del salón, quedaron abrigadas por una tormenta inesperada de proporciones bíblicas. A lo lejos, los pescadores aullaban, preocupados y felices porque ya volvían a casa. Moisés no fue capaz de entender lo que decían. Extrajo de su bolsillo izquierdo una pequeña cámara Leica con un objetivo todavía más diminuto e hizo un par de tomas de la playa y de las flores amarillas que flotaban a la deriva, peleando con la espuma, navegando hacia una orilla pedregosa. Corrió tras sus pasos, incluso osó realizar una fotografía más que luego revelaría con espanto: ella caminando sola, con la espalda arqueada, sin saber que estaba siendo fotografiada. «El eterno retorno —se dijo—. El bucle interminable, la vuelta a nuestros orígenes, la broma infinita».

No pudo dar con ella porque poseía mucha más fuerza andando de lo que él recordaba. Una vez se adentraron en

el sinuoso y laberíntico Zoco Chico, y los tangerinos empezaron a agasajarlos con baratijas y sonrisas peligrosas, Susana se escabulló entre el ruido y el polvo de una metrópoli en estado de emergencia; abarrotada de escondrijos que llevaría siglos cartografiar. Moisés chocaba con la ciudad —en su conjunto— y sus costumbres —en particular—; como un ente gigantesco, como una pesadilla hecha de carne y hueso. Pedía disculpas, pero nadie le escuchaba; ni siquiera recriminaban su prepotente actitud. Un niño surgió tras apartar unas viejas y pesadas cortinas. Se acercó a él, como un ladronzuelo de una novela folletinesca, e intentó tomarle de la mano para conducirlo, según decía, a una casa muy hermosa para que su mamá le leyera las manos y otras muchas cosas. Sus dientes eran amarillos, poseían un aspecto lastimoso, sin embargo, sus ojos vivos parecían prendidos por un fuego honesto y sincero. No supo qué responder. Hasta llegó a cavilar que no era tan mala idea dejarse llevar por las corrientes de una urbe que flotaba bajo un magma viciado y, al mismo tiempo, succulento. El niño no se soltaba de la manga de su camisa, y Moisés, ansioso de respuesta, creyó ver a lo lejos el cuerpo de su mujer cubierto por un manto de hombres barbudos que la agasajaban con besos y jazmines. Estaban eufóricos de tocar a una europea que se había desorientado.

—¡Susana! ¡Estoy cerca! —exclamaba—. ¡Susana!  
¡Espera! ¡Susana!

El olor a pan quemado no contribuyó en absoluto a paliar su ansiedad, y una vez convencido del paso siguiente a dar, el niño había desistido en cuanto escuchó el desesperado tono de su voz, retomó la persecución, que no era más que una huida conjunta, sin destino, en la interminable búsqueda que todo ser humano hace en cuanto percibe el aroma del fracaso. Estaba aterrorizado porque Tánger no

era una ciudad segura. Hacía poco una joven francesa había sido conducida a la fuerza por un grupo de bereberes y transportada hasta el desierto. La arena, según fuentes policiales, había hecho el resto. Cinco meses después y la policía no tenía ni rastro de la jovencita. «Engullida por las dunas», clamaba la prensa. Estremecido solo de imaginar esa diabólica espera, es decir, ante la necesidad que tendría de ahondar en un mar de arena en busca de un amor finito, Moisés reptaba por los muros como una lagartija hambrienta. Por fin, vislumbró el cartel luminoso del hotel y apresurado entró.

—¿Ha visto a mi mujer?

La luz de la estancia era tenue; el ambiente, irrespirable pero tranquilo. No había señales de ella.

El viejo recepcionista escuchaba la radio a todo volumen: una voz masculina cantaba una tonadilla somnolienta en un francés melancólico. Levantó la mirada y estudió el semblante de Moisés. También él había recibido malas noticias.

—¿Qué mujer? —preguntó sin interés. Su cabeza estaba en otro sitio.

Corrió por las escaleras movido por unos nervios rotos. El recepcionista, al verlo salir escopetado, pronunció unas cuantas palabras en un lenguaje balbuceante, trufado de consonantes interminables. Hablaba de una revolución fallida y de los malos tiempos que se avecinaban. En 1968, el final de la humanidad parecía estar más cerca y, en el pasillo de la habitación donde se hospedaban —siempre escogían la misma si era posible— los huéspedes movían muebles y otros objetos excitados por unos hechos que él desconocía. Moisés arrastraba los pies manchados de una arena negra como el petróleo. Quería respuestas, deseaba entender. Había perdido demasiadas cosas, demasiadas horas y segundos, como consecuencia de aquellos dichosos

viajes por trabajo. Buscó la llave en el bolsillo, en cuanto divisó el número de su habitación —Puerta 12—, pero no la encontraba. Vacío sobre una mesita cercana el contenido de toda una vida en la carretera: su pequeña Leica parecía un niño abandonado junto a un mapa de la ciudad, un cartón de cigarrillos arrugados y un lujoso Zippo de hierro que su padre le había regalado en su última visita a Madrid. Golpeó la puerta. Susurró su nombre y cerró los ojos. Quería respuestas, era lo único que precisaba. El eterno retorno volvió a surgir en su interior. Golpeaba la puerta aturcido, intentando resolver un dilema que desconocía; un mal que, a la postre, él había creado. La señora de la limpieza, ataviada con un delantal amarillento y un viejo plumero, cuya apariencia recordaba a las crestas de los papagayos, se acercó cauta —no confiaba en nadie, «lecciones de vida», afirmaba esbozando una carcajada infantil— con un inmenso manojó de llaves, tan espléndido que uno podría plantearle la posibilidad de abrir cualquier puerta, incluidas las del Cielo o el Infierno. Consiguió, la anciana señora, y no sin esfuerzo, abrirla. Moisés le hizo un gesto de reverencia y sonrió lo mejor que pudo. Y allí estaba ella. Tirada en la cama. Tumbada, mejor dicho. Como una efigie magullada. Su apariencia era extraña, como poco, ya que no hizo gesto alguno en cuanto él se internó lanzando su bolsa al suelo y dejando olvidadas sus pertenencias personales en la mesa del pasillo, que, por cierto, un hombre de negocios francés guardaría hasta su salida horas más tarde, mientras la mujer de la limpieza, hija de un lugarteniente español cercano a Franco y a sus acólitos marroquíes, cuya muerte en extrañas circunstancias en los arrabales de la ciudad había quedado sin esclarecer, gritaba y exclamaba con los brazos en alto pidiendo ayuda o rezando a Dios. Moisés se arrodilló cerca de la cama. Tomó su muñeca y buscó el pulso. Un frío

tremebundo le recorrió la espina dorsal. Tocaba su piel y no sentía vida alguna. Aquel cuerpo ya no le pertenecía. Susana, repetía. Susana. Y creyó ver, sin duda, el final de su historia, el punto donde todo se cruza, o se pierde, para no volver jamás, y bramó con tal fuerza su nombre que por toda Tánger creyeron que alguien —un ser enajenado o corrompido de avaricia— se había propuesto rivalizar con la meliflua voz del almuédano, que en pocos segundos llamaría al rezo desde el minarete que coronaba la milenaria ciudad.

Un rumor triste recorrió Tánger el resto de la jornada. Hubo ciudadanos corrientes que preguntaron qué narices había sido aquel grito desconsolado. Otros se encogieron de hombros y siguieron a lo suyo.



## Capítulo 2

María disfrutaba de un chocolate humeante en una de las más populosas plazas de Madrid. Un hombre entrado en años se había propuesto sobar su trasero al acercarse esta para pedir un vaso de agua a la barra, e, indignada ante el escalofriante suceso, a su vuelta, denunciaba a viva voz la injusticia frente al marido, describiendo con sumo detalle la perversa acción, sin perder, eso sí, el apetito. La taza de chocolate había desaparecido de la mesa, así como media docena de churros. Leopoldo leía la prensa, con el cigarro en la mano, cuando hizo un gesto, alzando el dedo índice, en señal de protesta.

—Ni la prensa me dejas leer en paz —espetó con grumos de saliva incrustados en la comisura de su boca.

No reaccionó de inmediato ante la respuesta de su marido. Claro que estaba indignada, cansada de vivir en un continuo piropeo falaz y aburrido, y, para no tener un buen follón, se calló. Pero le costó no soltar el brazo, al escuchar aquel tono condescendiente, y su mano tersa, arropada por unos anillos bien pulidos, regresó a su estado natural, concedora de las muchas peleas y reconciliaciones que le aguardaban. Leopoldo era ducho en detectar la incertidumbre y la ambigüedad de los demás. Era un maestro de la ironía y siempre que podía jugaba con las palabras, cargando los silencios de un aroma a triunfo mal conseguido. Su sentencia favorita era: «Las palabras, bien

usadas, las carga el diablo y hieren más que las armas o las bombas».

—No te enfades —añadió con desgana.

—¿Acaso te importa? —repuso ella mientras se levantaba, de un salto, y se abotonaba el abrigo azul marino que le apretaba demasiado la cintura, si bien le permitía pasear con gracia, luciendo figura, decían sus amigos, los domingos en el Retiro frente a la mirada envidiosa de sus conciudadanos.

El sol caía con pereza más allá de la sierra madrileña, pero iluminaba calles y avenidas. Fue un designio, una señal que certificaba su decisión, un espaldarazo a su hartazgo.

—Siéntate —dijo Leopoldo—, te lo pido por favor.

Hizo a un lado el gigantesco periódico para comprobar la fehaciente y nada novedosa autoridad de una mujer a la que se supone que quería. Así lo había ratificado en el altar, bajo la mirada solícita de sus padres y un párroco inquisitivo, aunque su rostro descompuesto, en aquellos días, el verano de 1963 fue uno de los más calurosos de los que se recuerdan, ya predecía las turbulencias propias de un matrimonio hecho a medida de su tiempo. Los chicos tenían el pelo cada vez más largo; y las chicas, en el banquete, por ejemplo, bailaban la conga con las faldas por encima de la rodilla. «Una desfachatez», no cesaba de repetir la madre de María. «Una verdadera desfachatez».

—Me voy a casa —confirmó al percibir la desidia y el aburrimiento de una mirada apagada por la apatía reinante.

Caminó unos cuantos metros enfrascada en su enojo. Leopoldo la estudiaba, sin decir ni una sola palabra, como un voyerista profesional. Bien sabía ella lo que tenía que hacer y, al cruzar la calle para adentrarse en el maremágnum urbano, una sombra, no era un nubarrón,

desde luego, se le acercó hasta casi rozar su piel y ensombrecer, si cabe, un poco más su mirada. Podía distinguir un extraño olor a madera mezclado con tabaco seco. No era su marido, ni siquiera un conocido. No quería mirarle a pesar de su insistencia. Era una figura imponente, silenciosa, brutal. Sus pulsaciones se dispararon y como consecuencia de todo ello, y también del miedo al futuro y el asco al presente, cruzó el paseo de Recoletos como una hoja mecida por el viento. Como no poseía la capacidad de evaporarse, ni de transmutarse en un espléndido y vivaracho petirrojo, varios vehículos que a todo pisar cruzaban la abarrotada avenida frenaron con brusquedad. Otros tocaron el claxon, no sabemos, a ciencia cierta, si para celebrar el hecho de no haber atropellado a la muchacha o simplemente para cerciorarse, una vez más, del cambio sustancial que las mujeres de esos años —el final de la década se las prometía felices— estaban llevando a cabo en el más absoluto de los misterios. El sentimiento de libertad que motivaba las zancadas de María era celebrado por muchos como un insulso libertinaje que no haría daño a nadie. Sin embargo, un buen número de españoles, los más monjiles y mojigatos, como solía decirse en la prensa, criticaban con fiereza estos nuevos andares, con la mirada puesta sobre el mohoso Palacio del Pardo —sede central de la *intelligenstia*—, expectantes y deseosos de respuestas ante los vientos de cambio que harían naufragar la vitoreada empresa nacional. «¡Queremos rectitud, queremos boato!», clamaban muchos. «¡No queremos libertad, queremos leyes!», matizaban otros. «¡Queremos tradición, no modernidades!», apuntaban desde los balcones engalanados con vírgenes y macetas.

Leopoldo pagó su café y el chocolate de María. El camarero no dijo nada cuando sopesó las monedas. María ya había pagado el desayuno en su intento de conseguir un

vaso de agua. La pillería es la sangre de la patria. Salió raudo, como un caballero medieval herido en su orgullo, porque no tenía intención de pasarse el día enfurruñado en casa. Además, estaba caliente como un leño puesto en la hoguera durante días, y, como era un ser bruto y desalmado en cuestiones amorias, a pesar de su labor académica e intelectual —era profesor de una asignatura que versaba sobre la historia de la filosofía y concluía en los orígenes de la bomba atómica—, no creía estar más que ante una situación anecdótica que podría contar a sus alumnos el próximo día de clase. Trabajar para la malherida Universidad Complutense no era sencillo, y si a ello le sumamos que sus alumnos, en su mayoría varones que fumaban pipas y habían desistido de su carrera como seminaristas en cuanto olfatearon el olor a celda —carnal y física—, sus pocos ratos de felicidad se los proporcionaban las escrituras los domingos por la mañana y la voz de su mujer. Además, sus alumnos a duras penas entendían sus brillantes sentencias, cargadas de una ironía peligrosa, y como las pronunciaba con voz erudita —«A San Agustín es mejor tratarle por la mañana, bien aseados, ya que si lo leen por la noche adoptarán rostro de búho y desearán beber hasta perder el poco juicio que les quede»—, solo María podría valorar, en su justa medida, su ferviente pasión por la vida y las ideas.

Quería besarla, colmarla a caricias, como Marcelo Mastroianni en *La dolce vita*, su película favorita. Meditaba, en su deambular, las diversas opciones para emitir las mefistofélicas palabras que lo salvarían de nuevo —«lo siento, estoy arrepentidísimo»—y de esta manera obtener lo que anhelaba, porque en París hacía mucho frío, y como en pocos días tendría que marchar para allí con objeto de dictar unos seminarios sobre unos filósofos de los que apenas había escuchado hablar, revisó la obra

completa de Ortega y Gasset y don Ramón Menéndez Pidal en busca de consuelo y alivio. Por cierto, sobre el último hizo un librito que le granjeó cierto éxito nada más acabar la temida licenciatura, y, por si no fuera poco, cayó en gracia a los altos estamentos. Ahora tenía la insigne tarea de colmar de conocimiento a las lozanas almas de un país en ruinas.

Su pulso se turbó. El miedo al fracaso y a la decepción se apoderaron de su interior durante unos instantes. ¿Y si su mujer estaba en lo cierto? No conseguía distinguirla a los lejos. Mal asunto, se dijo. Mal asunto.

Mientras tanto, en calles y tabernas, o en semáforos oxidados, los jovencitos pensadores, sus alumnos, degustaban la miel de la sabiduría ancestral: la filosofía, en suma, como paradigma alucinatorio. Al joven docente le gustaba imaginarse anciano, sabio como Diógenes o Góngora, con un puñado de corbatas y unos jerséis de cuello vuelto que dejasen a sus compañeros del departamento boquiabiertos. Sin embargo, todo estaba por hacer, y a sus treinta y dos años recién cumplidos, la vida que se desplegaba ante ellos ofrecía una perspectiva, al mismo tiempo, ilusionante y terrorífica. Su matrimonio había sido descrito por un amigo como una balanza bien ajustada.

—El día que uno de vosotros ponga mucho peso en un lado —sentenciaba—, el chisme se quedará jorobado para siempre.

1968 era un año bisiesto cuyo semblante no era agradecido. María lo sabía, y por eso no dejaba de andar. Cruzaba los semáforos y no se imaginaba con hijos; Leopoldo siempre que podía insinuaba la necesidad de tenerlos. Serán como reyes, pero con inteligencia, decía. Por otro lado, la guerra de Vietnam se extendía como una

plaga por todo el planeta, y el comunismo flotaba en las conversaciones de la facultad y la charcutería, en su justa medida, porque la aniquilación de la especie humana estaba tan cerca que podía uno marcarla con una hermosa cruz en el calendario; o, si se prefiere, podía hacer una rifa con los amigotes y ganarse unas cuantas perras que no venían nada mal. España, la niña pobre de Europa.

«Ay, mi dichosa María», se repetía Leopoldo cruzando avenidas sin mirar antes, observando las piernas de su mujer, embutidas en una falda de tubo, mientras esta corría y corría, como un conejo en busca de refugio, huyendo de su cazador. «No me dejes nunca, mi querida», canturreaba para sus adentros con un soniquete preocupante. Alcanzó un estado de satisfacción y turbación tal —el profesor no solía caminar mucho—, que sintió la llegada de la primavera en sus pulmones. Alcanzaron el portón de su domicilio. Les separaban escasos dos metros. María se había hecho daño en un pie, y Leopoldo, en vez de auxiliarla, fumaba tranquilamente, mientras observaba la fílmica estampa, recordando las palabras del glorioso filósofo: «La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un tránsito y un ocaso». Leopoldo estudiaba la suciedad del río Manzanares saboreando su cigarrillo. Las corrientes transportaban plásticos, sillas y hasta neumáticos. Oía mal, pero ¿qué podía hacer él? Nada, se dijo. Lo mejor es esperar y observar cómo la naturaleza hace su trabajo.

Mantuvo su silencio durante unos largos y extenuantes segundos. Ella, por su parte, le maldecía, palpando su tobillo, porque sabía de sus tretas. Se querían, a la postre. No era la primera vez, ni la última, que algo anecdótico se convertía en una tormentosa tragedia de amor y celos, de pasión y odio. Quería pensar en algo más, en traspasar su figurar, o en prenderle fuego, como una cerilla sostenida en

la mano hasta que se consume, pero no podía. Leopoldo fumaba con una sonrisa incierta, confiada. Allí parado, mirando cómo le miraba cuando estaba resentido o dolido, le excitaba lo suficiente como para concederle aquella triste escena. En definitiva, caviló María, somos baba, sexo y lujuria.

Le quería desde el primer día que lo escuchó hablar en la reunión del «partido» —comunista, se entiende—, cuyo éxito no fue el esperado, Leopoldo no volvió a pisar esas arenas movedizas, pues afirmó, entre el griterío, «que solo con Ortega, desde Ortega y a través de Ortega podría cambiarse la mentalidad fanática y mentecata del país». Los insultos, abucheos y pedradas de los asistentes le cayeron en cantidad preocupante, abandonando el micrófono con desgana, y alardeando de una chulería desfasada.

—¡A mí no me baja de aquí ni Dios! —exclamaba enrojecido.

Pero quiso la suerte, o el destino, que un amigo íntimo de María se interpusiese entre los objetos y su escuálida figura, proponiéndole la visita a un bar cercano para continuar la charla a la que había sido invitado —«Sonrisas y lágrimas, hachas y martillos», fue el horroroso título que Leopoldo había propuesto—, y así salvar parte de su integridad física. Un buen puñado de trotskistas ya empuñaban barras de hierro de muy diversos tamaños. Y no solo eso. Gracias a este macabro hecho, tuvo la oportunidad de conocer a María, que asentía estupefacta con otro grupo de amigos, mientras catában unas cuantas cervezas de importación en dicho bar, cuya afición al cine francés y a las tertulias filosóficas maoístas —su tema principal era el vigor del ojo de Jean-Paul Sastre— le resultaron del todo asombrosas a Leopoldo, que, siendo un muchacho joven e inteligente, creía estar más dotado para

la filosofía eclesiástica que para las lides amorosas de principios de los sesenta, no paró ni un instante de sonreír estúpidamente.

A los meses consumaron su matrimonio bajo un sol de justicia. Leopoldo Vallejo se convirtió no solo en un marido ejemplar —su futuro era brillante—, sino en un respetado profesor de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense tras la renuncia forzosa de un colega —encarcelado por no acceder a ciertos «requisitos morales», adujeron desde la rectoría—, y que, tras enfermar en la celda, como consecuencia de una diabetes no detectada a tiempo, murió en casa solo y desacreditado. Era un buen profesional, afirmaban todos en su entierro. Ahora, Leopoldo tenía su despacho y sus libros. Pasado aquel fatal suceso, no tuvo más remedio que asentir y callar. Llegó a sus oídos que entre los compañeros había muchos chivatos, y varios de ellos eran consumados confidentes de la Brigada Político Social de Franco. Por tanto, tenía que andarse con ojo si no quería acabar igual. Leopoldo sonreía todo el tiempo —qué podía hacer, era su segundo día en la facultad—, lo que le produjo un dolor de cuello y muelas considerable que se apoderó de él durante semanas. Al regresar a su casa, su mujer estaba dando un paseo, como indicaba una nota. Cogió sus cuantiosos manuscritos, poemas y diversas ediciones antiguas de simbolistas franceses —Verlaine, el conde de Lautrémont, Valéry, Nouveau...— y los arrojó a la basura. Subió rápido por las escaleras, para no ser visto, y, tras mirar a un lado y a otro, una lágrima gorda cayó sobre su mejilla mientras abría con dificultad la puerta de su domicilio. «Adiós, alma, adiós», dijo en cuanto tomó asiento en la silla del comedor.

Cualquiera podría asegurar, sin embargo, que la suya no era una vida tan terrible. ¿Quién está exento de un poco de sufrimiento, si a cambio tiene una profusión de besos



carneles, abrazos hasta altas horas de la noche y una cama caliente cuando el frío azota desde las montañas?

No obstante, en ese año, 1968, todo cambiaría. El mundo dejó de ser un lugar habitable. Las calles, las avenidas e incluso el ambiente de los bares se volvieron, si cabe, más irrespirable. Y amar a otra persona, desear sus labios, añorar su olor, era un hecho estúpido mientras cientos de personas morían por un aldabonazo de la irracional mente de aquellos que mandaban con sus gafas de pasta, sus trajes a rayas y sus zapatos brillantes.

—¿Cree que el mundo, tal y como lo conocemos, ha firmado su sentencia de muerte?

La pregunta había sido formulada por un alumno aventajado antes de concluir una profusa y agotadora sesión sobre el pensamiento de Husserl.

—Esa pregunta ni me corresponde ni me incumbe —respondió Leopoldo. El alumno soltó un irritado suspiro—. Además, lo mío son los teoremas abstractos y las cuestiones sin respuesta evidente.

—Y una mierda —dijo tajante. El aula soltó una sonora carcajada.

—¿Disculpe?

## Capítulo 3

El viento azotó la ventana de la buhardilla con tal fuerza que Pablo, embutido en su pijama de felpa, se despertó sobresaltado. Creyó que eran disparos. La noche anterior había sido un infierno. París ardía. Una moto pasó a toda velocidad. «El diablo se mueve en dos ruedas», dicen los parisinos.

Tenía frío. Buscó el calor de su mujer. Soledad no estaba. Su lado de la cama parecía intacto, y sus tacones rojos parecían dos brochazos de un pintor expresionista. El suelo sucio le deprimía, y la alfombra que habían comprado para disimular el cuchitril donde habitaban, no hacía más que acentuar su miseria.

Una música suave, melódica, repiqueteó las paredes. Pablo se tapó la cabeza con la sábana; buscó la manta; deseaba huir, cubrirse para no ser visto o sencillamente desaparecer. El sol, a esas horas, bregaba con la luna. En París amanece lento, muy lento.

La resaca era considerable y el sabor metálico le apelmazaba labios y lengua. Sentía que su cuerpo era una bolsa llena de piedras. Intentó moverse, hacer un giro lento, mover sus extremidades agarrotada. Una punzada profunda, helada, recorrió su sien. Desistió.

Pasados lo minutos, y ante la tentativa de pasar otro día más tirado en la cama, agarró el único libro que tenía en la mesilla de noche —un conjunto manoseado de relatos de

Paul Bowles— y se puso a estudiar sus páginas. No tenía fuerzas para leer. Dejó el ejemplar en el suelo. Cayeron marcadores y notas, incluso una servilleta garabateada con un número. Su grafía era monstruosa.

La luz de la mañana asomó por unos instantes. Muchos perdieron la oportunidad ocupados en sus quehaceres. De nuevo, oscuridad. Otro día más en la penumbra.

Los parisinos, en realidad, caminaban abrigados como esquimales experimentados, mientras Pablo bregaba con sus pesadillas y aquel sabor amargo que ofrece la derrota artística. Necesitaba con urgencia un productor para su película y no lo conseguía por ninguna parte. Soledad le había insistido durante la noche anterior.

—No bebas tanto. No da buena imagen.

Su advertencia no sirvió de mucho. En el transcurso de la cena a la cual no habían sido invitados, en un restaurante próximo a los Campos Elíseos, iluminado con lámparas de araña y un buen puñado de ancianas aristócratas embutidas en pieles de animales todavía rezumantes de vida, el jovencito español se encaramaba a sus copas y las devoraba hasta no dejar ni gota. Los nervios estaban causándole un problema mayor.

—Esto es lo que siempre he querido —le contestó—. He soñado, desde que era un crío, con pasear mi culo por estas calles y codearme con esta gentuza.

Un ruido les sobresaltó. Quería decir algo más. El rostro de Soledad estaba agrietado, pero un hombre grueso había entrado y vociferaba en un francés atiborrado de vocales y consonantes incomprensibles para ellos.

—Este sitio no me gusta nada —matizó ella mientras bebía su copa de Martini decorada con una aceituna que bailoteaba de un lado para otro.

—Dicen que por aquí se dejan ver los mandamases de la industria. —Pablo agarró con fuerza el brazo de Soledad—. Debemos estar alerta, y, en cuanto cruce alguien sospechoso por la puerta, nos abalanzamos sin compasión.

—Así nunca lo conseguirás.

—Fellini siempre dice que los mejores productores que ha tenido los ha encontrado colgados de la barra de un bar.

—Tú no eres Fellini, querido —dijo de inmediato.

—Algún día lo seré. Entonces, puede que me olvide de ti.

Pablo mostró sus blancos dientes. Brillaban como perlas blanqueadas. A los pocos segundos, y tras cerciorarse de su fracaso como humorista, chocó la copa de coñac contra el Martini de su mujer, sorprendiéndola y provocando con su golpe un movimiento oscilante de la aceituna, que a punto estuvo de salir disparada. Hacía unas semanas que se habían casado. «Estamos aprendiendo a vivir como matrimonio», decían siempre que se le preguntaba sobre su estado conyugal.

Desde su llegada a París nada parecía ser como en las películas que tanto le obsesionaban. Salir a pasear por la enorme ciudad no tenía razón de ser, porque en Madrid, es cierto, sí serían una pareja endiabladamente hermosa y con futuro, pero, en esta ciudad, de gárgolas y reyes, tan señorial como un palacio rococó agotado por el tránsito de los siglos, los matrimonios no eran más que otro pasatiempo en una sociedad —la parisina, no la francesa— que lo había visto todo; desde monarcas descabezados a prosistas enclaustrados entre cuatro paredes acolchadas. Abducidos por un poder que irradiaba un misticismo antiguo, Soledad y Pablo no solo añoraban ser como ellos, sino que harían lo que fuera para no pasar desapercibidos. Huían de un pasado que no les pertenecía. No hablaban de su país ni de su familia. El destino, en definitiva, no estaba en sus manos para desgracia de sus corazones.

Fumaba en una esquina de la casa, en completo silencio, intentando recuperar un poco de ese aliento perdido. En la mesa, que habían rescatado de la basura, y él había restaurado y limpiado a fondo, una taza de café humeaba. Era su comida del día. Las dos únicas sillas que poseían también habían sido halladas en la calle, concretamente en un pasaje muy hermoso cerca de Montmartre. No encajaban en absoluto con la fascinante pobreza que les rodeaba. Su bohemia era digna pero dolorosa, aunque tenía su encanto.

—¿Te imaginas que estas sillas han sido utilizadas por Giacommetti para depositar sus esculturas?

Ella sonreía. Él se emocionaba cuando se reconocía en otros.

—¿Sabes lo que dicen? —Ella negaba—. Que tenía la afición de besarlas durante las noches de tormenta.

Pablo describía la vida de los artistas —«mis vecinos»— como si de viejos conocidos se tratara. Algunos españoles, exiliados en su mayoría del franquismo, aunque había de todo, desde poetas descarriados incapaces de certificar la muerte del verso hasta escultores que parecían vivir entre escombros, se asombraban de su vasto conocimiento, pues era capaz de encadenar pensamientos profundos con anécdotas de todo tipo; no sabemos si inventadas o leídas, eso era lo de menos. Sin duda, Soledad quedó cautivada por esta capacidad de improvisación sobre asuntos tan banales como el bigote de Bonnard, el loro de Matisse o la pipa de Truffaut.

Financiar su película era primordial para seguir en pie. No sería tarea fácil porque, en primer lugar, era español y la fama le precedía, además de la larga sombra proyectada por Luís Buñuel y sus mezquindades hacia productores, actores y actrices. En segundo lugar, por el espanto que producía su proyecto y sus ideas. La película tendría un

«componente moral problemático», alegaban sin miramientos. Esta incomprensión de su tiempo generaba una ansiedad lacerante en Pablo.

Por si no fuera suficiente con todo esto, los productores franceses, en su mayoría sólidos miembros de la clase pudiente de la ciudad, no bajaban de los cincuenta o sesenta años, se tronchaban de la risa al conocer el origen hispano del joven cineasta y daban rienda suelta a un conjunto de chistes racistas, en muchos casos, de muy poco gusto, sobre los curas españoles, Franco y su yate o el olor de los cirios y las vírgenes. Llegado este punto, y tras comprobar que conocían más bien poco de su país, Pablo se despedía sin decir *adieu* ni dar las gracias.

Tomó el desayuno solo. En un silencio sacramental. Soledad se había marchado, hacía un par de horas, para intentar comprar algo de comida. De una bolsa de plástico sacó unas tiasas rebanadas de pan cuyo aspecto mohoso le deprimieron. Fumó despacio, intentando dejar morir los minutos. Pensó en Paul Bowles e intuyó que podría estar haciendo lo mismo que él en ese preciso instante de la vida miserable del artista: escribir mentalmente una novela que nunca concluiría puesto que el punto final se pone cuando uno ya no está en este mundo. Corría el rumor, entre los intelectuales tangerinos que visitaban la capital francesa, que el norteamericano estaba muy enfermo y viejo, y que no deseaba recibir visitas ni de poetas arriesgados ni de cineastas sin presupuesto. Por desgracia, Pablo no hizo caso de estas advertencias. Le escribió una larga y profusa carta alabando sus cuentos y describiendo, con sumo detalle, la apoteosis emocional que le catapultó hasta París al tropezar, porque no se cayó de puro milagro, con la tumba inmaculada de su mujer —Jane Bowles, una escritora genial y maldita— en la soleada ciudad de